ESPERANZAS



Y LAGRIMAS.

ENSAYOS POETICOS

—POR FIDELIOR.—

La poesía es el lenguaje de las impresiones vehementes y de las ideas sublimes. Toda alma es poeta, la alegría ó el dolor la hace cantar.

R. P. DIDÓN.

EDICION DE "LA LINTERNA DE DIOGENES."

GADALAJARA.

Tip. Católica de A. Zavala y Comp.—Placeres 68

1900.

Al Sacratísimo Corazón de Jesús
cuyo reinado social anhelamos,
A la Inmaculada Virgen María de Gua-
dalupe, cuya maravillosa
Aparición reconocidos confesamos,
y al Castísimo Patriarca Señor San José,
modelo en el trabajo y en la pureza:
dedico y consagro esta
Colección de Ensayos Poéticos,
poniéndolos bajo
su amparo y protección.

Guadalajara, 1º de Enero de 1900.

FIDELIOR.

PROLOGO.

Un libro más de versos, entre los muchos que con frecuencia se publican, nada significaría, si no fuera muy distinta la intención que me mueve á dar los míos á la prensa, de la que guía à la mayor parte de los que se dedican à la *gaya ciencia*.

La poesía, hoy por hoy, lleva torcidos sus rumbos, inciertas sus inspiraciones, extraviadas sus tendencias.

No se inspira donde debía hacerlo; manchando sus alas en el fango corrompido de la tierra, penosamente se arrastra por ella.

No despierta una buena idea, no hace nacer un pensamiento cristiano, ni latir el corazón al impulso de un sentimiento fecundo para el bien.....no es poesía, hija del cielo, sino conjunto de versos, de forma deslumbrante á veces, más siempre revolcándose como epiléptico entre las asquerosidades de un realismo desolador é impío.

Esto es en lo general, lo que hoy se llama poesía......apenas muy pocos verdaderos poetas se inspiran en las enseñanzas del Catolicismo

y levantan el vuelo á las serenas regiones de la estética cristiana.

Modelos irreprochables tenemos, bajo este sentido, en la historia de nuestra literatura nacional.

Carpio, el primero de todos, Pesado, Roa Bárcena, Arango y Escandón, Pérez Salazar (Don Manuel), Còrdova, Gómez, Tercero y otros más que pudiéramos citar.

En esa escuela hemos aprendido nosotros á conocer el valor de la poesía cristiana, escuela que ha desaparecido de media centuria á la fecha y que parece, felizmente, en la actualidad recuperar sus derechos.

Debemos luchar contra la decadencia literaria que tan lamentablemente extravía las inteligencias no menos que los corazones; debemos combatir, cada uno según la medida de nuestras fuerzas, y Dios nos ayudará.

Tal es el objeto de la presente publicación, ni tiene otras pretensiones.

Estas poesías son ensayos de mi primera juventud, adolecen de muchos defectos, pero las almas que me comprendan, los disculparán.

Cantan la fe de mi infancia, la de mi hogar, evocan plácidas memorias que mis ideas cristianas conservan, las de mis más puros y cándidos afectos.

Ennoblecen y dignifican el dolor, estímulo poderoso para el combate, maravillosa válvula

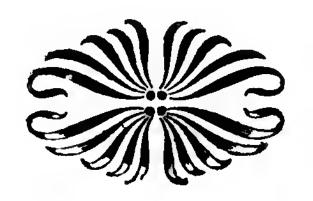
de seguridad, en los pocos, contados goces de la existencia.

La Cruz, tan llena de bellezas y armonìas, quiero que sea siempre mi norte y extienda sus brazos sobre mi sepulcro.

Así, pasaré tranquilo los dinteles de la eternidad, donde mi madre, feliz, me espera.

Guadalajara, 1.° de Enero de 1900.

FIDELIOR.



INTRODUCCION.

Hay en la existencia humana un periodo que viene á ser como el oasis del desierto, en el camino de los dolores. Ese periodo es la juventud, Primavera de la vida, como han dado en llamarla los poetas. En la infancia apenas se da cuenta el niño de sus impresiones, pudiéndose decir que, aunque sus goces sean purísimos, como el reflejo de una conciencia sin mancha, no tiene aquel conocimiento, ni aquella participación de la inteligencia que hacen completos, en cuanto es posible, uestros placeres. Ofrecen, no obstante, estos goces, peligros numerosos para la virtud, porque siendo las pasiones "ímpetus ó turbaciones interiores que nos ciegan," según la admirable definición del insigne Ripalda, se desbordan en la juventud, como que es la edad de una crisis tremenda de inminente riesgo. Hay goces, es verdad, mas de aquellos criminales que manchan el alma y la

mente oscurecen. Esas alegrías fatales, falsificaciòn de las verdaderas, no serán nunca norma y guía de las pasiones, que regidas deben ser, ya que distinguir se pueden, en buenas y malas. Cuando, pues, no son gobernadas por la fe y la razón, queda en nosotros únicamente el ser animal, desapareciendo en lo absoluto el moral. La inteligencia, don gratuito de la Divinidad, asemeja la creatura racional al Creador, levantándola de las cosas caducas y miserables de la tierra; pero entendámonos: "el temor de Dios es el principio de la sabiduría:" he aquí un compendio que perfecciòn.

Goces por goces, prefiero los del talento: un libro cristianamente hermoso me impresiona y conmueve más que un sarao, un banquete, un baile......¡Desdichados los hijos de la materia que sólo allí encuentran sus deleites!...... Bajo este sentido prefiero las sensaciones purísimas de la niñez, á las locas y turbulentas de la juventud.

En esta edad última colecciono mis versos: su título creo es bastante exacto, porque estas páginas son las confidentes de mis ilusiones que á la vez me enseñaron las realidades. Son el gemido del alma arrepentida, los acentos de un corazón que ama todo lo bello del Catolicismo dimanado; los suspiros de un trovador que no comprende el amor sino bajo las bóvedas del templo, al caer la tarde y mientras resuena el

Angelus de la alta torre. Mis pobres poesías nacieron al calor de los besos maternales y al influjo de un cariño religioso. Mi madre me enseñó á amar y bendecir à Dios, à la Virgen María, á la Religión, al culto, á todo lo que hay de grandioso en el cristianismo. La vida de la fe y la vida del sentimiento: tal es la razón de todas mis impresiones. Estas dos vidas son mi consuelo y esperanza y traen consigo el recuerdo de mis más serenos días, de mis más halagadores pensamientos. No en balde ha dicho Chateubriand en sus "Memorias de Ultratumba:" "En la vida, pesada en su balanza más ligera, regulada por su medida más certa, no hay más que dos cosas verdaderas: la Religiòn con la inteligencia; el amor con la juventud; es decir, lo porvenir y lo presente; lo demás no vale la pena."

Bajo la influencia de esta verdad colecciono mis ensayos poéticos, sin aspiraciòn alguna à ocupar un sitio entre los poetas castellanos, pues que más bien por sentimiento, amo la poesía, que por estudio. Necesariamente, por tanto, mis composiciones deben ser muy incorrectas, aunque sí todas tienen el sello de la verdad y de la rectitud. Aspiro á hacer sentir, no á ilustrar. Quiero hablar á la sociedad en que vivo el lenguaje de un mundo ignorado para el a, el del espirituelismo sensibilizado, si me es posible expresar así, á esa idealidad tan-

gible que corresponde tan á maravilla con nuestra naturaleza humana. No por esto se me tache de partidario de la ideología pura; sé cómo me expreso y cómo se me ha de comprender: católico ante todo, deseo se sacuda el pesado y asqueroso ropaje de la materia, para poder subir con el cándido y ligero de la virtud á las mansiones celestes.

Era muy niño aun, cuando esa virtud simbolizada en la más grande de las hijas de Adán, la dolorida Virgen del Calvario, la hermosísima Patrona tutelar de mi pueblo amado, me inspiró unos versos; mas nada sabía yo entonces más allá de mi fe religiosa, del amor de mis padres y hermana. ¡Dichosa ignorancia la del niño que le hace olvidar muy pronto sus dolores y sus lágrimas!

Màs tarde, en la adolescencia, comencé mi carrera literaria, y conocí luego las reglas y el buen gusto literario......

Conozco que esos días de que hago memoria, no volveràn ya. En muchas composiciones he procurado pintar los purísimos placeres que me hicieron sentir; mas desaparecieron, consumidos por el fuego á que las dí, en una hora de amarga tristeza y desencatanto.........Las que hoy recojo, como un recuerdo inolvidable de mis alegrías y mis tristezas, igualmente dulces, no son por lo mismo, todas las que debían aparecer, mas me apresuro á coleccionar las que

se salvaron de mis decepciones, ó quizá más bien dicho, de mi vituperable amor propio, temiendo que otro rato de melancolía, me las haga perder para siempre, porque si bien la literatura nacional nada sufriría, sí lo sentiría, pues que los hijos de la inteligencia, siquiera sin gracia alguna, son amados. En su mayor parte, estas poesías fueron escritas en mi adolescencia y en los albores de mi juventud; al coleccionarlas hoy, añado otras nuevas, bien pocas por cierto, que son el producto de edad màs reflexiva y madura.

No guardan el orden de las fechas en que fueron escritas, sino el de asuntos que tratan, comenzando por los acentos de súplica al Ser Increado, mis impresiones cristianas y del hogar, siguen, descripciones y paisajes de este valle delicioso, y mis emosiones de amor que tan funesto me fué siempre...... La división en libros que hago, es la que han seguido nuestros más renombrados poetas.

Si tuviera los mismos pensamientos y los mismos deseos, tratándose, por supuesto, de asuntos que no son del dominio religioso, no escribiría ni una página de este libro; mas soy del parecer de Chateubriand en las siguientes líneas de su obra citada que para amenizar y concluir esta cansada introducciòn, copio:

"Si se pudiera decir al tiempo '¡alto!" lo detendríamos en las horas de delicias, pero como

no se puede, no vivimos aquí abajo; vámonos, pues, antes de haber visto desaparecer á nues, tros amigos y estos años que el poeta hallaba solo dignos de la vida: *vita dignior aetas.* Lo que encanta en la edad de las ilusiones, se convierte en la edad del desamparo en objeto de sufrimiento y de pesar. No se desea ya la vuelta de la Primavera; antes se la teme; los pájaros, las flores, una hermosa tarde á fines de Abril, una hermosa noche que comienza con el primer ruiseñor, que acaba la mañana con al primera golondrina, estas cosas que despiertan la necesidad y el deseo del bien, nos matan. Todavía sentís tales encantos, pero ya no son para vosotros; la juventud que los disfruta á vuestro lado y que os mira desdeñosamente, os da celos, y os hace comprender mejor la profundidad de vuestro abandono. La frescura y la gracia, recordandoos vuestra felicidad pasada, aumentan el peso de vuestras miserias. Ya no sois más que un lunar de esta naturaleza; descomponeis su armonía y suavidad con vuestra presencia, con vuestras palabras y aun con los sentimiento que intentárais expresar. Podeis amar, pero no ser amados. La fuente de la Primavera ha renovado sus aguas, sin volveros vuestra juventud, y la vista de todo lo que renace, de todo lo que es feliz, os reduce á la dolorosa memoria de vuestros placeres."

LIBRO - PRIMERO.

ECOS SAGRADOS.

Pour s'elancer, Seigneur ou ta voix les apelle,
Les astres de la nuit ont des chars de saphirs;
Pour s'elever a toi l'aigle au moins a son aile:
Nous n'avons rien que nos souphirs.

Que la ovix de tes saints s'eleve et te desarme
La priere du juste est l'encens des mortels,
Et nous, pecheurs, passons! n'avons qu'une lar-
A repandre sur tes autels. (me

LAMARTINE.

I.

¡DIOS!

El cielo y tierra con amor lo adoran,
—Síntesis de inefables maravillas—
El Ser que el ángel como el hombre imploran
Temblando de respeto, de y rodillas.
¡Dios! Nombre augusto, grande, incompren-
Al filósofo, al genio, y á la ciencia; (sible,
Nombre inmenso, infinito, indefinible
A la mezquina, humana inteligencia.
Oí este Nombre allá en mi edad primera
De labios de mi madre, reverente,
Al señalarme la azulada esfera
Con millares de estrellas esplendente.
"El crió esos mundos, globos del espacio,
—Me decía sonriendo con ternura—
Làmparas son del inmortal palacio,
Ricos joyeles de la noche pura.
"El criò las rosas del jardín florido
Y de la fuente el agua adormecida;
Al ave dá su cariñoso nido
Y á fiera montanàz gruta escondida.
"Los dulces frutos de árboles gigantes
Con el calor del astro rey madura,
Y hace crecer los plátanos sonantes
Al fresco borde de la fuente pura.
"El limitó las olas del Oceano
Con leve cinta de menuda arena,

Y en sus abismos refrenò su Mano
La ira del tiburòn y la ballena.
"Los altos montes con su nieve helada,
Los bosques grandes con su verde manto,
Rugiente catarata despeñada
Con un sordo rugir que causa espanto.
"El cerro, el valle, la colina riente,
El arroyuelo, el caudaloso río,
Desde altas peñas bramador torrente
Que todo arrasa con furor bravío.
"La tromba en la tormenta desatada,
La fresca lluvia en la estación ardiente,
En el tiempo invernal escarcha helada
Que el campo viste de color luciente;
"Todos los cuadros de natura hermosa,
Los sublimes, tranquilos y atrayentes:
De ese Ser Superior la obra grandiosa
Publican en sus páginas fulgentes."

* *

"¡Dios El Nombre terrible que amedrenta
La manchada conciencia del malvado,
Si và su barca en medio la tormenta
Sin rumbo y el timòn despedazado......
"¡Dios! Del justo el amor y la esperanza,
De la virgen el niño la alegría,
Del pobre y desva ido la confianza
En la noche letal de la agonía.
"Ser de los seres que el laud sonoro

Hace vibrar del poeta, y al artista
Da rica inspiración, y lauros de oro
Al guerrero después de la conquista.
"Y por El anima el Universo, el mundo,
Y por El las moradas eternales;
Te dió una madre que en amor profundo
Te conduce á los goces celestiales.

⁂

"Es la Justicia en Sinaí tremendo,
Cuando al pueblo elegido daba leyes;
De Baltazar en el festín horrendo
Es el Señor de cetros y de reyes.
"Allá en Belén el inocente Niño
Es la humildad bendita y la pobreza,
Símbolo del amor y del cariño,
De oculta majestad y de grandeza.
"Es el Consolador en los altares;
Ahí está de su imperio el poderío,
Y otra Madre mejor en los pesares
Te dejara en el Gólgota, hijo mío."



Así mi madre habló y en el instante
Osculo de piedad deja en mi labio.—
¡Madre, madre querida, madre amante,
Si nunca hiciera á tu enseñanza agravio!

Olvidé tu palabra, en noche horrible
Las pasiones á el alma torturaron;
Pedazos ¡ay! del corazón sensible
Sin clemencia ¡crueles! arrancaron.
Entonces volví à Dios, bañado en lloro,
Clemente me abre sus divinos brazos
Y desde entonces sin cesar le adoro;
Van á su templo sin cesar mis pasos.
Por El aliento, por su Nombre santo
Late mi pecho en célica ternura;
Por El anhelo el inmortal renombre
Que publique, de amarlo, la ventura.
Recibe con bondad mi humilde ofrenda
¡Oh Dios eterno: sea tu amor ardiente
Mi paz, de otra inmortal, dichosa prenda;
Y sálvame Señor Omnipotente!

II.

¡MARIA!

Es tu Nombre la dulce melodía
Que á el alma encanta, al corazón conmueve:
Apena el labio á balbutir se atreve
Tu nombre celestial, Virgen María.
Con él, de gracia se i umina el mundo
En el fulgor de plácida esperanza,

Del ángel y del bueno la confianza
Y de dichas el piélago profundo.
Es el raudal de inspiración sagrada,
Del Cristianismo la Castalia fuente,
Centro y lazo de amor indeficiente,
De sin igual pureza arca sellada.
¡María! ¿Quién no se siente conmovido
Palpitando á tu nombre de ventura?
Obra excelsa de Dios, perfecta y pura,
En cuyo seno el Verbo ha concebido.
¡Madre del Redentor! ¿Qué mayor gloria
Recordarte pudiera en alabanza?
Con razòn eres Tú nuestra esperanza,
Nuestro amparo eternal, nuestra victoria.
Tú eres la predilecta, la elegida
Esposa, del Cantar de los Aantares;
Eres de nuestros místicos altares
El gozo cierto que á la paz convida.
Ante tu imagen singular y pía
Mil veces he doblado la rodilla,
A Tí elevando mi oración sencilla
En busca de consuelo y alegría.
Sin Ti, Virgen María, qué horrible fuera,
Allá en la oculta eternidad mi suerte:
¿Quién en la hora temida de la muerte
Cual Tú, ampararme, con amor quisiera?
¿Qién, si no Tú, la Virgen de mi infancia,
Y de mis padres perenal consuelo?
Tú sola puedes conducirme al cielo
Donde se aspira la inmortal fragancia,

Porque Tú eres la puerta del Empíreo,
Fragante rosa, matutina estrella,
Y va dejando tu amorosa huella
El suave aroma del hermoso lirio.
¡Ah! ¡Sí hubiera corrido desde niño
Tras ese suave, celestial perfume......
Mas quien de amarte en su dolor presume,
Vilipendiò tu maternal cariño.
Siguiendo siempre las mundanas huellas
Y en pos de una ilusión desventurada,
Sólo encontré la decepción, la nada,
Sólo llanto y angustias y querellas.
Virgen, ¡socorro! mi bajel ligero
Parece hundirse en dilatados mares,
A Tí claman consuelo en los pesares,
Para ir á Dios rectísimo sendero.
Sin Tí, ¡pobre mortal! ¡qué horrible fuera
Allá en la oculta eternidad mi suerte!
En la hora temida de la muerte
Sé mi amparo, mi Madre verdadera.

III.

JOSE.

Varòn excelso, designado el Justo,
De regia estirpe y nobiliaria cuna,
No hay en el mundo que igualarle pueda
Gloria ninguna.

Gloria ninguna, la humildad por base
Tiene, y por eso Dios lo señalaba
En el silencio, á singular grandeza
Do lo llamaba.
Donde lo llama y en el templo elige
Su ser, por los prodigios señalado,—
Purísimo consorte de María
Es consagrado.
Es consagrado por el Santo Espíritu,
Y de pureza en flores perfumadas
Florece su callado en una noche......
¡Rosas sagradas!
Rosas sagradas que humillar debían
Al necio orgullo y mundanal grandeza,
Porque es blasón de la humildad bendita
Santa pureza.
Santa pureza que en amor florece
Y el mundo ignora en el placer acerbo,—
Y es José de la Virgen el Esposo,
Padre del Verbo.
¡Padre del Verbo, putativo padre!
¿Quién, cual José, puede contar tal gloria?
Por eso mil y mil generaciones
Guardan su historia:
Guardan su historia en mármoles de Paros
Y templos mil de góticas ojivas,
De calados y esbeltos campanarios
Torres altivas
Torres altivas que en sonoros bronces
Su gloria dilatando por el mundo,

Hacen nacer suspiros y sollozos
De amor profundo.
De amor profundo si olvidarle fuera
Nombres sacros echar en el olvido,
¿Cómo no modular en su alabanza
Himno sentido?
Himno sentido; aunque de ruda lira
Acepta ¡oh gran José! mi humilde canto,
Que en él invoca, pecador y mísero,
Tu influjo santo,
Tu influjo santo, que en el orbe extiende
Como nuncio del Padre Soberano,
Y alumbran los fulgores de tu gloria
Mundo cristiano.
Mundo cristiano, porque en tí venera
Al Castísimo Esposo de María,
De Dios nutricio. ¡Sálvenos tu amparo,
Sé nuestro guía!

IV.

A LA VIRGEN DE MEXICO.

Piedad! ¡Perdón! Dentro del pecho mío
Broten las rosas de virtud preciadas,
En Tí, Virgen de México, confío,
Vierto ante Tí mis lágrimas calladas.
¿No en triste roca, en el Invierno helado
Nacer hiciste perfumadas rosas

¡Qué mucho, si del mal siendo alejado
Las flores nazcan de virtud hermosas!
Te amo tanto, mi Madre, mi consuelo,
Es tan intenso y puro mi cariño,
Que quisiera espirar, por ir al cielo
A adorarte, feliz, como de niño.
Mas mientras llega la eternal ventura
Que Tú me alcanzarás, Virgen de amores,
Concede, cual alivio á mi amargura,
Ver de tu Imagen santa los primores.
¡Fuera del Tepeyac á tu Santuario
Do se admira esa Imagen portentosa,
Y que artista ninguno temerario
Osó pintar celeste y tan hermosa!
¡Cómo besára con afán ardiente
Del templo venerando el pavimento!......
Pensarlo sòlo, dicha el alma siente,
Mi aspiraciòn es célico contento.

. . . .

Feliz quien en el suelo mexicano
Aspiró de su vida al suave aliento!
¡Feliz mi patria que en dichoso arcano
Posee del cielo el singular portento!
¡México! ¡Patria! ¡Suelo idolatrado!:
Serás libre, feliz é independiente,
Mientras nunca se extinga afortunado
De tu Reina el amor indeficiente.
Virgen, Virgen excelsa, no abandones
A tu Nación amada en su ruina,

Derrama en ella los copiosos dones
Con que Dios á la gloria predestina.
Mientras Tú no le faltes, la ventura
La cubrirá con sus brillantes galas;
Bajo manto de dicha y hermosura
Virgen azteca lucirà sus galas.
Del triste bardo el ardoroso acento,
De amor el himno acoge en tu alabanza,
Para que pueda, al espirar contento,
Loores cantar de eterna venturanza.

V.

A MEXICO.

En la solemne festividad de Nuestra Señora de Guadalupe.

Patria querida, Patria idolatrada,
De hermosos bosques y de fresco ambiente
La admiración del Viejo Continente:
Tan rica, tan feliz y codiciada.
¿Por qué abatida gimes y angustiada?
¿Por qué llorando estás, Patria doliente?
Levanta, hermosa la serena frente,
Cual princesa de gloria circundada.
Del Tepeyac en la felice cuna
Está tu Madre, tu favor y amparo,
Será quien de los males te redima.

Segura vive con amor tan caro,
Frutos recoge en venturanza opima
Mientras alumbre tu divino faro.

VI.

SAN FELIPE DE JESUS.

Ardiendo en celo por amor divino
Surcó en la nao los procelosos mares,
Abandonando los paternos lares
En cumplimiento de inmortal destino.
A un pueblo infiel por el error dañino
Circundado en los falsos valladares,
Iba á elevar de Cristo los altares,
Tremolando el Pendòn de Constantino.
Y por gloriosa recompensa el cielo
Quiso darle la Cruz, donde muriera
Víctima de su amor y santo anhelo.
Y desde entonces con honor tuviera
Un nuevo timbe, el mexicano suelo,
De legítima gloria verdadera.

VII.

NOCHE BUENA.

*

¡Noche Buena, feliz noche
De alegría tan pura y santa,

Que el alma cree transformarse,
A Edén de nuestra infancia!
Serena noche en que vibran
Armoniosas las campanas,
Y sus ecos sonorosos
Por los aires se dilatan.
La hermosa luz de la luna
Las esbeltas torres baña
De la Catedral grandiosa,
Y templos, calles y plazas.
¡Cuánta animaciòn se advierte
Por do quiera, alegría cuánta!
¡Parece que no hay pesares
En esta noche sagrada!
Cree aspirarse dulce y grato
El aroma de la infancia;
Se recuerdan los altares
Que en nuestro hogar se formaban:
Los altarcitos, en donde
Entre hielos y entre escarcha,
Entre globos de cristal
Y pabellones de plata.
Veíase al gracioso Niño
A Quien con fe se adoraba,
Reclinado en el pesebre
En pobre lecho de paja.
En el templo hoy lo adoramos,
María y José lo acompañan,
Y al mirarlo, el sentimiento
En làgrimas se desata.

Sentimiento de alegría
Inunda hoy nuestras almas,
Y las auras de ventura
Nuncios son de venturanza.

**

¿Cómo es que el Divino Infante
En aquesta noche helada
Nace pobre y desvalido
Y los pesares abraza?
¿Y cuán distantes los Césares
De favor tan grande estaban?
¡Pueblo infeliz de Judea
Llegó el Rey y lo ignorabas!

***

Los mil cantares angélicos
Que en el espacio divagan:
"Gloria á Dios en las alturas
Y paz al hombre" proclaman.
Sublime acontecimiento
Que la Redención prepara:
Por eso esta noche están
Nuestras iglesias de gala.
Por eso llena sus naves
Multitud, multitud tanta;
Para repetir gloriosa:
"Gloria á Dios, gloria sea dada."

VIII.

PLEGARIA DEL NIÑO.

Al Sagrado Corazón de Jesús.

"Dejad—dijiste un día
¡Oh Corazón Sagrado!—
Dejad vengan los niños
gozosos hácia Mí"
Y en pos de tus caricias,
tu amor inmaculado
En medio del peligro
venimos hoy á Tí.
Venimos á decirte
que mucho te adoramos,
Que mucho te queremos,
que es grande nuestro amor.
Que Padre cariñoso
y Amigo te aclamamos
Delicia de los niños,
consuelo del dolor.
En nuestro trono ruge
la tempestad bravía
De males y de dudas
la horrible tempestad;
Mas Tú del alma eres
en tenebroso día,
La santa y perdurable
hermosa claridad.

Venimos á pedirte
con llanto en nuestros ojos,
No apartes de nuestra alma
tan esplendente luz.
Y así no temeremos
del mundo los enojos,
Que al fin somos tus hijos,
los hijos de la Cruz.
Mañana...... Tú lo sabes,
¡oh Corazòn Divino!,
Tendrá rudas batallas
el pobre corazón;
¿Qué hará si Tú le faltas
el triste peregrino,
Para llegar dichoso
A tu feliz mansiòn?
Por Tí palpita siempre
el corazón del niño,
Por Tí siempre latiendo
en plácida virtud;
Y reine en nuestras almas
tu célico cariño,
Mañana...... cuando llegue
temida juventud,
Tù Corazòn ardiente,
raudal de los amores,
Serás para los nuestros
el único placer.
Consuelo del que sufre
delicia en los dolores:
Que sólo tu amor santo
sepamos comprender.

IX.

EL BUEN PASTOR.

(FRAGMENTOS DE UN POEMA.)

Caridad bienhechora
Inflama el pecho helado
Que en el amor del mundo está gastado,
Y haz que mi corazón sea un volcán vivo
Hoy que tus gracias, tu beldad concibo.
No canto las virtudes de la Grecia
Ni el heroísmo del feroz romano,
¿Qué son sus templos que el orgullo aprecia
Ante el fulgor del Padre Soberano?
Ni el Atica, ni Roma
Ni la altiva Cartago,
A pesar de sus sabios y sus reyes
Y de sus cultas leyes,
Conocieron jamás el ardor santo
De Caridad sublime,
La Redención del que contrito gime.
Pero Jesús, el Hijo de María,
El Hijo del Eterno, el Deseado,
En el Gólgota vil ensangrentado
Se alzó cual Sol radioso,
Víctima del amor y la ternura,
Vertiendo por el mundo
Los fulgores de paz y de ventura.

¿El Buen Pastor acaso
Dejará su redil abandonado?
Conoce sus ovejas
Que su sangre divina le han costado,
Y escuchando sus quejas
Si gime descarriada oveja alguna,
La conduce al aprizco y sus caricias
La inundan de la paz en las delicias.

Yo he ido, Jesús mío,
En pos de loco, inútil desvarío,
Y al llegar á la dicha
Se aleja como espectro pavoroso
Sumergido dejàndome en la duda
Y falto de esperanza y de reposo.
Mas Tú eres Pastor bueno,
Y á la ovejilla que hácia Tí se vuelve,
De amor y piedad lleno
Le das, por cada copa de amargura
Que le dió el mundo de letal veneno,
Los torrentes de gracia y de dulzura·
He visto las miserias y dolores
Que cercan al mortal en su existencia;
En abismo de horror muriera el hombre
Si no lo reanimara tu clemencia;
Por eso he visto al justo
Caminar entre espinas y sonriendo,
Y al pecador en el placer muriendo.

En las luchas del alma yo he querido

Correr á Tí, que en medio á la tormenta
De encontradas pasiones que me agita,
Por tu gracia he sentido
Que es muy suave tu yugo
Y que tu dulce carga es tan ligera
Como el imperio de tu amor sagrado,
Para aliviar nuestra mortal carrera.
En la grata alborada
De mi pobre existencia,
Tú conducías mis pasos vacilantes:
Corrían mis tiernos años.
Como el sereno arrollo adormecido
Bajo la fresca sombra
Del fresno corre, por florida alfombra.
Nuestro existir está de males lleno,
No dejes que mi espíritu vacile,
Pues tuyo soy, completa la victoria.
Condúceme en tus hombros, Pastor bueno.

———

¿Cuándo llegará el día,
En que un sólo Pastor, sólo un rebaño,
Haya en el triste mundo,
Y se levante en célica armonía
Una sola oración ante tu trono,
Como de un corazòn y una alma sola,
Libre del odio cruel y del encono?
En tanto, Jesús mío,
Manda á tu siervo; el mundanal hastío
Deja en el alma hondísima amargura,
Y déja al corazòn hondo vacío,

Haz que viva á tu amor, muriendo al mundo,
Sacuda el polvo de su ruin escoria,
Por todas partes de amargura lleno:
Pues tuyo soy, completa la victoria,
Condúceme en tus hombros, Pastor bueno.

X.

AL SAGRADO CORAZON DE JESUS.

Los que anhelais amor y venturanza
Heridos corazones de la tierra,
Y de pasiones en la cruda guerra,
Alentais de victoria la esperanza.
Los que buscais do quiera lo grandioso,
Lo eterno, lo inmutable, lo infinito,
Y os cansa el mundo, como al ser proscrito
El lugar del destierro pavoroso.
Y que de Adán poseeis la triste herencia
Del llanto continunado y los dolores,
Y probais los amargos sinsabores
De aquel fruto del *árbol de la ciencia:*
Acudid á Jesús; Corazòn tiene
De cariñoso Padre y tierno Amigo,
Es de los desterrados el abrigo
Y siempre amante á consolarlos viene.
Arde ese Corazón en sacro fuego
Y halla en los mortales sus delicias;
Dan la vida sus plácidas caricias
Dan la paz la ventura y el sosiego.

Allí está siempre solo en los altares
Llamando al hombre á sin igual ternura,
Mostrándole la fuente de ventura:
Su Corazón, refugio en los pesares.
Parece que nos dice cariñoso
Con el acento de amorosa queja
Que hondo remordimiento al alma deja
Y temor saludable y doloroso:
"¿A dónde vas mortal, donde tu planta
Diriges vacilante en el desierto?
Del mundo buscas el placer incierto
Que feliz siempre con perfidia encanta?
"¡Ay! Deja luego matador hastío,
De cieno cubre la divina veste,
Que la inocencia te vistiò celeste,
Y deja al corazón hondo vacío."
¿Qué os fascina en el mundo? Los amores?
Sombra son de mi amor inextinguible;
Contento doy el corazón sensible
La guirnalda ciñéndole de flores.
"¿La riqueza buscais? Dueño del mundo
Si quiero prodigarte la riqueza
Rico serás; mas sólo en la pobreza
De ricas gracias es mi amor fecundo.
"¿Buscais la ciencia? Yo soy la Infinita,
Profundos pensamientos dicto al sabio,
Por mí abre solo el elocuente labio
Y en academias la atención excita
"Sabiduría, riquezas, amor santo,
Tengo en mi herido Corazón abierto;

Un goce perdurable, un goce cierto,
Recibe el justo á su amoroso encanto."
"Venid á Mí, sentid en vuestro pecho
Del Corazón que os ama los latidos,
Y decidme si goces tan sentidos
Sentir al Corazón el mundo ha hecho."

¡Oh loca humanidad! Siglo orgulloso
Que delirante sin cesar caminas
Hácia el vòrtice horrible que iluminas
Con la luz de un progreso mentiroso.
¡Detente por piedad, pára, detente!
Por un instante el Corazón contempla
Que de amargura la crudeza templa
Y es de delicias perdurable fuente.
Oye sus quejas, por tu amor herido,
¡Es tan triste, tan tierno su reclamo!......
¡A el alma llega el delicioso "te amo"
Cual de la humilde tòrtola el gemido!
Este es el Sacro Corazón que un día
Agonizó en el Gólgota tremendo,
Por libertarte del pecado horrendo,
Por darte paz, consuelo y alegría.

. . . .

. . . .

Perdòname, Jesús, mucho he pecado;
Tu amante Corazón herí de nuevo,
A buscar un refugio en él me atrevo
Con tus dulces palabras consolado.

XI.

LA FELICIDAD.

Tengo un padre á quien amo con ternura,
Tengo una madre, del hogar encanto,
Tengo una hermana, y su cariño santo
Es dulce lenitivo á la amargura.
Y si estos son motivos de ventura,
¿Por qué en mis ojos aparece el llanto?
¿Por qué un letal y abrumador quebranto
Viene á turbar del alma la paz pura?
¡Ah! Quise ser feliz y me halagaba
De la ilusión el ideal doloso
Que un Edén de goces me mostraba.
Mas solamente en Dios será dichoso
El hombre en esa gloria que no acaba,
Y fin de su sendero doloroso.

XII.

VUELVO A TI, DIOS MIO.

(Después de la Confesión.)

¡Gracias, Señor! Del alma se ha quitado
El peso que á toda hora lo abrumaba,

¡Gracias, Dios mío, la dicha que anhelaba
Me dió, por fin, tu Corazón Sagrado!
El tenebroso abismo del pecado
Otro tiempo de Tí me separaba,
Y queriendo vivir, agonizaba
En el antro de muerte sepultado.
Pero llegué, mi Padre, arrepentido
Al Tribunal piadoso y el perdòn
Me das, ante mi llanto conmovido.
Tu ardiente amor, suavísimo he sentido:
¡Qué santa paz disfruta el corazón;
Hoy de nuevo á la gracia he renacido!

XIII.

AMISTAD DIVINA.

EN UN TEMPLO, DESPUES DE COMULGAR.

Después de tantas penas
Y de martirios tantos,
Que sólo adquirió el alma
Con el placer falaz,
Se han roto mis cadenas,
No existen mis quebrantos,
Y hoy, en este templo,
Disfruto dulce paz.
¡Cuán bella y majestuosa
Se anuncia aquí la aurora!

Las gòticas ojivas
Invade suave luz.
Y ténue, silencioso,
Los altares colora
Destacándose en ellos
El Redentor Jesús.
Misteriosa penumbra
Penetra por las naves
Y envuelve las columnas
En vaga claridad.
De los cirios alumbra
El fulgor, con las suaves
Tintas, su luz compite
De luz crespuscular.
En esta hora solemne
Vengo á buscar consuelo,
Que está hecho pedazos
Mi pobre corazón.
¡Oh Dios, fuente perenne
De dicha! desde el cielo
Mitiga con tu gracia
Mi hórrida aflicción.
Señor, qué bien se dice
Que vale más un día
Pasado en tus altares,
Que no en el mundo mil.
El mundo hace infelice
Al hombre en sus pesares.
Y Tú, con amor santo,
Disipas el sufrir.

El mundo paga caro,
Y amargas decepciones
Nos da en sus amistades
Y pasajero amor.
¡Ah, Señor, y cuán raro
Es, quien las aflicciones
Viene á confiarte á solas
Del triste corazón!
Hoy, que yo he recibido
Tu Cuerpo Sacrosanto,
Y de nuevo me diste
Tu gracia y amistad:
Acoges mi gemido
Y el doloroso llanto
Acudes como Padre,
Solícito á enjugar.
Mi Dios ¡y cuán bueno eres!
Un ser tan miserable
Cual soy, Dios bondadoso,
Lo admites á tu altar.
Y visitarme quieres,
Y en mi pecho amable
Tú vienes, cariñoso,
Tiernísimo á morar.
De mí dispón, mi Dueño,
Me ofrezco en holocausto
De tu amor infinito,
De fe, de gratitud.
Que anhelo con empeño
Servirte este día fausto

Será la remembranza
De mi dulce quietud.
Hoy tu amistad divina
Ha abierto de mi vida,
Los nuevos horizontes
De esplendorosa luz.
Tu gracia peregrina
Ha curado la herida,
Que abrieron las pasiones
A precio de inquietud.
Olvida, Dios clemente,
Aquel tiempo perdido
En que olvidé insensato,
Tu amor y tu amistad.
Que hoy el eco doliente
De hondísimo gemido,
Es mi tierna plegaria
Que invoca tu piedad.
A Tí van mis suspiros,
Mis lágrimas ardientes
Corren por mis mejillas,
¡Es tan dulce llorar!
Y en los opuestos giros
De súplicas fervientes,
Quisiera el sentimiento
Purísimo expresar.
¿Mas qué puedo decirte
Que Tú no me comprendas,
Si sabes las miserias
Que afligen al mortal?

¿Ni qué puedo pedirte
Para que no me atiendas?
¿Con tu amistad divina
Qué más puedo deser?
Hoy que me has admitido
A tu Convite Santo:
¡La prueba más excelsa
De tu infinito amor!
Oíste mi gemido
Y enjugaste mi llanto,
¡Bendita sea tu gracia,
Bendito seais, Señor!

XIV.

CAUSA NOSTRÆ LETITIÆ.

DEL ITALIANO.

En el irritado mar,
Y en borrasca procelosa
Siempre te sabe invocar:
Que cual estrella radiosa
Sabes sus iras calmar.
Vivo en continuada pena
Y en tenebroso horror,
Si no te amo, Virgen buena,
Virgen de la gracia llena
Y te invoco con amor.

Porque si á Tí yo no imploro:
¿Dónde mi esperanza irá?
¿Quién enjugará mi lloro?
¿Quién del amor el tesoro
En mi pecho encenderá?
Cuando en mi agitada vida
De odio me sigue el furor,
Te invoco, Virgen querida,
Esperando que mi herida
Sanes con materno amor.
De nadie en el mundo fío
Y me abandona la paz:
Si no te invoco, bien mío;
Eres de las gracias rìo
Y es ventura amarte más.
Reina augusta, ni mi pecho
Late sin tu sacro amor,
Y ni en el paterno techo,
Para los amores hecho,
Encuentro vida y calor.
Vivo en Tí, Virgen, confiando,
Y à tu amparo maternal
Gratamente respirando,
Cual paloma suspirando
En su nido virginal.



XV.

NATIVIDAD DE MARIA.

Nació en la humilde Judea
Una hermosísima Niña,
A quien la natura canta
Y el cielo absorto admira.
Su deliciosa mirada,
Los corazones cautiva,
Y su sonrisa es tan dulce,
Tan agraciada y divina,
Que hace adivinar un cielo
Muy distante de esta vida,
Donde la paz es eterna
Y donde el dolor termina.
Es miel á la boca el nombre
De esta preciosa Infantita,
Tan armonioso, tan bello,
Que al corazón regocija.
Tan misterioso y sublime
Que al triste mortal anima
A caminar con denuedo
Por la senda de la vida.
Es el dulcísimo nombre
De la celestial María,
De esa Reyna poderosa
Segura prenda de dicha,
Que será Madre del Verbo

Y de humanidad caída
Será la corredentora,
Que las edades ansían.
Y esa Virgen, nuestra Madre,
Nació ya desconocida;
Pero el orbe la engrandece
Y el cielo absorto le admira.

XVI.

A MARIA INMACULADA.

*

Virgen de amores, Virgen de la infancia,
Blanca azucena del Edén perdido,
De místico jardín nardo florido
Que en cielo y tierra esparce su fragancia.
Desde niño te amé, mi pobre estancia
Como recuerdo sin igual querido
Guarda tu imagen tutelar que ha sido
Prenda de fé, de amor y de constancia.
Han pasado los años y con ellos
Pasaron ya la horas de inocencia;
De aquellos días gratísimos y bellos
Sòlo queda tu amor en mi existencia:
En nombre de ese amor alzo mi canto
Para alabarte en tu misterio santo.

**

El ideal de lo hermoso realizado,
Prototipo de gracia y de belleza,
Fuente de inspiración y de terneza,
Consuelo del que gime desterrado:
Dios te formó. La mancha del pecado
Jamás tocó tu virginal pureza;
Es tan excelsa y pura tu grandeza
Que no lo alcanza entendimiento criado.
En tu precioso seno halló morada
A Quien el orbe contener no puede:
Que por Madre del Verbo preparada
Solo á su gloria tu grandeza cede;
Por eso el mundo sin cesar te adora
Y por Reyna te aclama y Protectora.

*
* *

Eres más bella que la luz del día
Al despuntar el Sol en el Oriente,
Disipando su luz resplandeciente
Las tristes sombras de la noche umbría.
Tú de los justos eres la alegría,
Del pecador Refugio indeficiente;
Iris de bendición, astro luciente
Que en sus fulgores hácia Dios nos guía.
Toda hermosa eres, singular criatura,
Cándida flor de celestial pureza;
El Señor se recrea en tu hermosura.
No hay defecto el más leve en tu belleza,
Pues tu Supremo Autor te crió tan pura
Que aun de los cielos eres la sorpresa.

XVII.

MIERCOLES DE CENIZA.

¿Por qué hieren los aires
Del bronce los tañidos,
Que son por los espacios
Del eco repetidos?
¿Por qué tan melancólicos
Se dejan escuchar?
Congréganse en el templo
Los fieles á porfía;
A recordar su nada
Su mísera valía,
Del sacerdote gráfica
Sentencia al penetrar.
Que apenas extinguidos
Los últimos acentos
De orgías y bacanales,
De místicos concentos,
Sucede presto al júbilo
Intenso, hondo dolor.
Y los vanos placeres
Que el mundo nos ofrece,
Son la llama que pronto
Efímera parece,
Y son sus goces rápidos
Prestigio engañador.

Y siempre sollozando
Cruza el hombre la vida
Encontrando tan sólo
Felicidad mentida......
Guarda en su fondo lúgubre
Cenizas, nada más.
Hasta el amor tranquilo
Que abriga dulce techo,
Alimento de vida
Del generoso pecho:
No puede darnos férvido
La suspirada paz.
La gloria literaria,
La gloria de la ciencia,
No al genio ardiente sacian,
Ni aquietan la conciencia,
Ni la guirnalda espléndida
Que al héroe coronó.
¡Ah! Entre los hombres nunca
Dicha cierta se alcanza;
Necio de aquel que pone
En ellos su esperanza;
Que amor y gloria efímeros
Son polvo y vanidad.
Tan sólo las criaturas
En Dios deben amarse;
Por ellas hasta el cielo
El hombre ha de elevarse
¡Qué grata paz benéfica
Sostiene la piedad!

Débiles peregrinos
Que cruzamos la tierra:
Su polvo sacudamos
Con la pasión en guerra,
Que á la morada célica
Nadie manchado entrò.
¡Dichosos los que guardan
El eternal tesoro
Que el hollín no consume
Como consume el oro!
¡Dichoso quien solícito
En la virtud vivió!
¿Por qué amamos mezquinos
Bienes que son ceniza?
¿Que nos dan los placeres
Gozo, festín y risa?
¿Que son sus horas rápidas
Ante una eternidad?
¡Ah! Entre los hombres nunca
Dicha eterna se alcanza.
Necio de aquel que pone
En ellos su esperanza:
¡Que amor y gloria efímeros
Son polvo y vanidad.



XVIII.

LA PROFESIA DE SIMEON.

⁂

La Sacra Familia asciende
Por la gradería del templo
De Salem, obra admirable,
Y de las artes portento
De oro, màrmoles y jazpes
Por el rey piadoso erecto.
Allí están, en el vestíbulo,
¡Qué cuadro tan placentero!
El Castísimo José
De perfecciones modelo,
La Inmaculada María
Asombro del Universo,
Llevando como un tesoro
En su regazo al Dios Verbo.
Allí están; la ley mosaica
Van á cumplir como buenos,
Aunque esa ley no fué dada
Para seres tan perfectos.
¡Purificarse la Virgen
De las vírgenes ejemplo!
¡El Mesías, el Prometido,
Quedar á la ley sujeto

Y el Redentor, redimido,
Con el señalado precio!

. . . .

. . . .

Misterios que en mi ignorancia
Humildemente venero,
Y la nada de mi orgullo
Ante esos arcanos siento.
Lleva José dos palomas
Como el holocausto tierno,
Tan blancas como la cima
Del atrevido Carmelo

**

Un anciano venerable
En el atrio se presenta,
Es luenga su vestidura,
Es blanca su cabellera,
Plateada su barba está
Por los años, y se observa
De la santidad el sello
En su semblante, y pureza.
Es el anciano Simeón
Y tal es su vida recta,
Que por *justo* es conocido
Y su virtud reverencian
Desde el humilde del pueblo
Hasta el de encumbrada alteza.

Luego que Simeón el justo
Al Niño hermoso contempla,
Se baña su faz en lloro
Y cae prosternado en tierra.
Siente latir de ventura
De felicidad tan plena
El corazòn, dentro el pecho
Cual si en el mundo no fuera.
Pide á la Madre bendita,
La Virgen y Madre excelsa,
Estrechar entre sus brazos
Al Dios Niño le conceda.
Se levanta y se estremece
De emoción y la paz llena
De la ventura del cielo.
Al Niño amoroso estrecha
Y exclama con voz de gozo
Pura, armoniosa y serena,
En tanto que el pueblo absorto
El gran prodigio contempla:



"Puedes disponer, Señor,
De mi vida, que la muerte,
Será como el blando sueño
Que mi corazón presiente,
He visto á mi Redentor,
La luz del mundo, celeste,
Regocijo de la tierra
Que á abrirnos la gloria viene."

Cesó la voz del anciano
Y en su semblante se advierte,
La mutación de amargura
Que al grande gozo sucede.
Mira á los castos esposos
Y cuando los vé, parece
El Profeta de los Trenos
Que hondos pesares revele,
En un porvenir oculto
Visible sólo á su mente.
"Este Niño—con voz triste
Dice—puesto está á la gente
De Israel, para su ruina
Y salvación, cual conviene.
Por El se descubriràn
Los pensamientos que sienten
Hervir en l' alma proterva
Los hipòcritas y aleves:
Por eso tú, pobre Madre,
Verás tu pecho inocente
Oprimido por la pena,
Hasta que el momento llegue
En que del dolor la espada
Lo desgarre y atraviese;
Pues la maldad de los hombres
De tu Hijo el amor sin creces,
Pagará con odio impío
Que lo conduzca á la muerte."

* *
* *

La inspiración celestial
Faltó, entonces al anciano;
Dejó de hablar y en el pecho
De la Madre clavò el dardo
De angustia horrible que un día
Lo dejara traspasado
De amarguras y tristezas
A causa del Hijo Santo.
Reina el silencio doquiera
Y el dolor se ve pintado
De José en el dulce rostro
Y en el del Profeta anciano.
María resistir no puede
Aquel pesar tan amargo.
Y pide á Simeón el justo
Al Niño de sus encantos;
Con infinita ternura
En su pecho inmaculado
Lo estrecha, á tiempo que caen
Las làgrimas de sus pàrpados.
Cándida, gentil María,
Más pura que el níveo nardo·
¡Cómo ha turbado tu dicha
La profesía del anciano!
¿Qué será el día tenebroso
De los dolores amargos?
Mas ¡ah! la Corredentora
Seràs del linaje humano,
Y en oración sublime
Al par de tu esposo santo,

¡Ofreciste por los hombres
El sacrificio sagrado!

** **
*

Cuando la triste plegaria
Se extinguió como un suspiro,
Del rescate el precio humilde
Diò el casto José al ministro,
Precio que la ley mosaica,
Como rescate benigno,
Fijò para los mortales
En pecado concebidos.
A la Suma Santidad
Que origen eterno ha sido
Del Derecho que á los pueblos
Señala recto camino.
No le comprendía la ley
Solo de la mancha signo.
Mas como su Autor Supremo
Humilde acatarla quiso
Después las blancas palomas
En holocausto propicio
Se ofrecieron al Eterno
¡Para redimir al Hijo!
En tanto la Virgen Madre
Deja oír triste gemido,
Y ofrece resignada
La sangre del sacrificio
Que por redimir al mundo

Verterá Jesús Divino,
Mientras atraviesa su alma
Del dolor el dardo impío.

XIX.

EL CRISTIANO MORIBUNDO.

(DE LAMARTINE.)

¿Qué oigo? De mí cerca
El bronce ha resonado:
¿Qué multitud piadosa
Llorando me rodea?
¿Por qué el fúnebre canto
y el cirio que flamea?
¿Por qué tantos sollozos
y el tierno suspirar?
¡Oh muerte! Son tus voces
que llegan á mi oído
por la vez postrimera.
¡Y bien! Ya está concluido
al borde de la tumba
mi hórrido soñar.
¡Oh tú, centella hermosa
de divinal hoguera,
Inmortal moradora
de cuerpo deleznable;

Disipa los temores,
viene la muerte amable
á libertarte, alma,
de hondísimo pesar.
 Y tus cadenas rompe;
emprende ya tu vuelo,
Sube, sube á la Patria,
remontándote al cielo;
Arroja el tosco fardo,
¡morir es despertar!
 ¡Es cierto! El tiempo raudo
mis horas ya no cuenta;
Descubro los umbrales
de celestes mansiones,
¿En qué palacio nuevo
cantaré mis canciones?
Será inmortal seguro
mi plácido existir.
 Al través del espacio
lo inmenso se ádivina,
y en pos del Infinito
el alma se avecina.
Bajo mis piés la tierra
Fugaz parece huir.
 ¿Mas qué oigo? En el momento
que el alma se despierta,
suspiros y sollozos
cual fúnebre gemido
llegan conmovedores,
dolientes, al oído;

¿Cuando mi Dios me llama
no deberé partir?
¿Del triste desterrado,
llorais ¡oh compañeros!
el regreso á la Patria?
Pasé ya sus linderos
y en el celeste puerto
la gloria veo lucir.

XX.

EL SUEÑO DEL SALVADOR.

*

Muy Niño aun, el Salvador del mundo
De su Madre en los brazos se adormia
Y sus tiernas caricias recibía,
Los castos besos del amor profundo.
Una tarde de hermosa Primavera,
Cuando mandaba al sol su despedida
La natura ataviada, adormecida,
Que en sus últimas luces reverbera.
Bajo emparrado del hogar bendito,
Dando tregua al trabajo en esa hora
Se encontraban María la encantadora
Teniendo en su regazo al Infinito,
Y José, el varòn justo, el elegido,
Por casto esposo de la Virgen santa,

Quien de paz lleno y del amor que encanta
Los contempla en silencio recogido.
¡Felice Nazareth, ciudad sagrada!
¡Aquellos personajes que debían
En el cielo habitar que merecían:
En tu recinto hallaron su morada!
El tierno Niño con dulzura mira
Al Castísimo Padre y á María,
Y á entrambos con ternura sonreía
Y blandamente por su amor suspira.
Lüego, cerrados sus divinos ojos
Por inocente halagador beleño,
Quedó entregado á misterioso sueño,
Prenuncio de cruelísimos abrojos.
Era tan bello el cuadro y atrayente,
Tanta poesía tiernísima encerraba,
Que el ángel tutelar que lo admiraba,
En actitud quedóse reverente.
De su lira dejó la melodía
Plegó sus bellas y doradas alas,
Y de la escena las hermosas galas
En su mente feliz reproducía.

**

De porvenir no lejano
El Dios Niño apartó el velo
Y seguido de las turbas
Y de numeroso pueblo,

Adoctrinaban sus labios
Con la palabra del Verbo.
¡Qué clemencia, qué discurso
Tan celestial y tan nuevo!
Los filòsofos de Atenas
Con su altivo magisterio,
Con los estudios prolijos
Y con su nombre soberbio:
Nunca fueron escuchados
En tan absorto silencio,
Como el Mesías prometido,
El Hijo de Dios excelso.
Son sus frases, sus periodos
De sabiduría modelo,
¡Cual resplandece en sus ojos
El santo fulgor del genio.
¡Cómo cautiva á las almas
Con ese ademán sereno,
Circundado de la gloria,
De divinidad reflejo!
¡Es la Redenciòn del mundo,
Es el Hijo del Eterno!
   Otras veces con dos panes
Y dos peces, pueblo hambriento
Se viò colmado sin tasa
Y su hambre vió satisfecho.
   A la voz pel taumaturgo
Dejan su tumba los muertos,
Y los pecadores dejan
Los extraviados senderos.

Por donde quiera que pasa,
En los mares, los desiertos,
En populosas ciudades
Y en los olvidados pueblos:
Va el Salvador de los hombres
Sembrando bienes sin cuento,
Y atrayendo á su doctrina
Al de espíritu sincero.
Han llegado ya los días
Tras de años y siglos luengos,
En que vió el mundo asombrado
Poner el divino sello
A su alianza sempiterna
Con los hombres el Eterno.
Cúmplense las profesías,
Rómpese el antiguo velo,
Sigue el fulgor á la sombra
Y á las figuras el Verbo.
Mas las pasiones se agitan
Por el furor del averno
Y al Enviado, el Prometido,
Que descendiò de los cielos
Para derramar sus bienes
En el misérrimo pueblo,
Y con su doctrina hermosa
El reinado sempiterno
Estableciera de Cristo
En el maldecido suelo;
A ese Santo por esencia
Tan inocente y tan bueño,

Prepara muerte terrible
El infame en un madero.

. . . .

. . . .

El tierno Niño, el Calvario
Ve conmovido entre sueños,
Y enlaza sus manecitas
De su Casta Madre al cuello,
Le da cariñoso abrazo
La Virgen y ósculo tierno
Y dos lágrimas purísimas
Deja caer en silencio.

*
* *

Despierta el Niño, al despertar solloza
Y amarguísimo llanto derramó;
La luna entre los verdes sicomoros
Por cima de las copas se elevò.
El santo anciano de dolor transido,
Pudo entonces profético entender,
Del Redentor el misterioso sueño
Prenuncio de cercano padecer.
Volvió á tañer su cítara armoniosa
El ángel, triste canto preludió;
Hizo vibrar las celestiales cuerdas
Con acentos de dicha y de dolor.



XXI.

AGONIAS.

¡Qué triste soledad! De los olivos
Las hojas agitadas por el viento
Se oyen gemir con angustiado acento;
De la luna los rayos fugitivos
Al través del ramaje
Van á caer iluminando apenas
El suelo donde yacen mustias flores......
¡Qué triste es el paisaje!
Es la noche en que el cáliz de dolores
Ha de apurar el Salvador del mundo,
Víctima de un amor grande y profúndo.
Nada turba la paz de estos retiros,
Sólo á lo lejos el Cedrón murmura
Mientras el Hombre Dios de su amargura
Exhala los tristísimos suspiros.
Sobre la mustia yerba
Postrado está; de su divina frente
Corre la sangre, y es su pena tanta,
Tan honda y tan acerba,
Que á Dios su Padre la oración levanta
Y le suplica aparte si es posible,
El cáliz de su boca, tan sensible.
"Mas no se haga, Señor, después exclama,
Mi voluntad, tu voluntad adoro,"—

Por sus mejillas corre ardiente lloro,
Llanto divino que el amor inflama.
Y el Padre Eterno viendo
Del Hijo Soberano la agonía,
Manda un arcángel que le dé consuelo,
Quien los aires hendiendo
Se acerca al triste suelo
Y limpia al Redentor la sangre pura
Que vierte en tan amargo y hondo duelo
Y enjúga su llanto de amargura.
Mas no asombrarnos deben los misterios (1)
Sublimes, si miranos al Dios Fuerte
Sostenido del ángel, casi inerte
En fuerza del dolor......
Crueles dicterios
Oye del pueblo amado;
Se interroga à Sí mismo, se ve infame,
Que con el peso enorme del delito
Jesús está cargado;
El solo satisface al Infinito,
Y por eso está triste hasta la muerte
Y asi abatido y prosternado se halla,
Pues con el mal en el dolor batalla.
Y su agonía sin semejante aumenta
Al recorrer del mundo los anales
En donde el río trascurre de los males
Teñido con la púrpura sangrienta.

(1) Las siguientes estrofas de essa composición están traducidas de Reboul.

A todas las naciones
Contempla el Redentor en su agonía,
Y su vista angustiada se detiene
En una, hermosa, á quien de oprobio llene
El yugo de Satán.
Cuán infelice
Ve de este siglo aterradora imagen,
Que lo ultraja, desprecia y lo maldice.
Ve á su Iglesia vertiendo amargo lloro
Y befado su honor y su decoro
Por invectivas de procaz lenguaje,
Y el que antes era divinal paisaje
Cubren las nieblas del placer y el oro.
De claridad el nombre
Tienen esas tinieblas. De victoria
Entona el crimen su infernal acento,
Y degradado el hombre
Odiando á la virtud vive contento.
Escucha el Redentor con pena inmensa
Estas frases: "¡Oh Cristo, cuán en vano
Mueres, Víctima humilde del humano!
Nadie tu amor con el amor compensa,
Ni acude á tus altares,
Que caen a entusiasmo de los gritos
De gozo; ya se ven como imposturas
Las ceremonias, ni aun en los hogares
Se admiten esos cultos, cual locuras
Se miran, cual la muerte del talento,
Que extravía, ó que sofaca el sentimiento."

"Pueblos, venid, corred presurosos
Al lugar de los nuevos homenajes;
De ese Dios arranquemos los odiosos
Retratos y esculturas; sin ultrajes
Entonareis entonces jubilosos
Del triunfo el himno; nada más conturbe
En plácido contento
Gozad y divertíos. Y para nada
Os acongoje el vil remordimiento;
La hermosa cortesana recamada
De oro y perlas pasee en su carroza
Libre y feliz, alegre y amorosa."
"Y que la mano honrada, la primera
Sea en demoler. Destroza, magistado,
Al Dios de la equidad. Corre, soldado,
Hiere al Dios que bendice tu bandera.
Haz pedazos, cautivo,
Al Hijo de Dios vivo,
Al Redentor que rompe tu cadena
Muriendo en una Cruz vilipendiado
Y al tirano en el Gólgota ha humillado,
Proclamando el primero
¡Libertad! con acento placentero."
Y Cristo los miró con zaña impía
Su Imagen destrozar, su Imagen santa;
Demoler el Santuario,
Y la Cruz, esa Enseña sacrosanta,
Arrastrar entre gritos de alegría
En medio de la orgía,
Las baldosas manchadas con despojos

Del convite, en el templo sacrosanto,
La Cruz servir—la del infierno espanto—
De aquel festín para ludibrio horrendo,
La admiración y la algaraza siendo.

. . . .

. . . .

Empero se adelanta
La hora del Sacrificio, al Padre dice
El Salvador: "Seré del infelice
Que extraviada doquier lleva la planta
Su Guía y su Luz; el cáliz de dolores
Beberé resignado:
Voy á morir por él crucificado,
El objeto seré de los horrores
De este mi pueblo amado
Mas mi sangre cayendo,
En el proscrito maldecido suelo,
Dará perdón á todos y consuelo,
La eterna puerta abriendo
Del suspirado bendecido cielo."

Y nosotros, como hijos de su culto,
Sus pisadas sigamos y su ejemplo,
Bajo las bóvedas del santo templo
Manifestemos el pesar oculto;
Gimamos con tristura
Sobre el profanador del ara santa
Y de la Cruz, divina que aun podemos
De grande contrición en la amargura
Volver al buen Jesús

A nadie odiemos

En medio del dolor. Tiempo es del llanto
Aun Natura nos muestra su quebranto.

XXII.

GETHSEMANI.

Huerto de la oración, lugar tremendo,
Donde el Hijo de Dios está sufriendo
En mortal agonía por mi salud:
¡Cuál gimen tus olivos seculares
Remedando tristísimos cantares
En medio de la lúgubre quietud.
Gethsemaní, Gethsemaní sagrado,
Por la luz de la luna iluminado
En vaga y misteriosa claridad
Gruta de la plegaria y del sollozo,
Que el Cedrón repercute silencioso,
Callada y tenebrosa soledad:
Tú viste suspirar, gemir doliente
Al Salvador dulcísimo y clemente,
Cuando apuraba el cáliz de dolor.
Y gotear la sangre redentora
En tus piedras por raza pecadora
Que ingrata olvida tan sublime amor!
Huerto de la oración, lugar bendito,
Para expiar en tu gruta, mi delito,
Jesús, mi dulce Bien, quiso sufrir.

Y sufre y sufre la agonía de muerte,
Y más su sangre redentora vierte
Y es más amargo y triste su gemir.
De hinojos en la roca, en el boscaje,
Repite sus gemidos el ramaje,
Repite sus plegarias el Cedrón.
Parece el cielo á sus dolores rehacio,
Y en la extensiòn del anchuroso espacio
Se apaga su tristísima oración.

. . . .

. . . .

El ángel del celeste Sacrificio,
Nuncio del Padre, al Redentor propicio,
Cáliz le dá de horrible padecer.
Y lo apura Jesús hasta las heces......
¡Perdóname, Señor, que muchas veces,
Te dí ese mismo cáliz á beber!

XXIII.

LA ❋ VERONICA.

*

Ardiente es la hora y ardiente
El ígneo sol reverbera;
Sobre su tallo se inclinan
Los nardos, las azucenas,
Y el cardo se marchita
Entre las muzgosas peñas.

Silencio reina en Salem,
Reina el silencio en las sendas
Que desde pueblos remotos
Se dirigen á sus puertas.
Solamente en una calle
Se escucha algazara inmensa,
La cohorte de pretorianos
Y farisaica ralea,
A un hombre humilde del pueblo
Estruendosamente cercan.
Lo van llenando de escarnios,
Golpes tremendos y afrentas,
Y el Inocente oprimido
Por la Cruz, respira apenas,
Débil, exangüe, muriendo
Con su peso se doblega;
En las piedras del camino
A cada instante tropieza,
Y con su sangre preciosa
La calle sin cesar riega.
Golpeándole lo levantan
Entre horrorosas blasfemias,
Y el mansísimo Cordero
No exhala ni débil queja.
Que es Dios Hombre el que padece
Las crueles turbas aquellas
Ignoran, y su ira y rabia
En la Víctima despliegan.
Los discípulos ocultos
Van tras sus divinas huellas,

Y compasivas mujeres
Con las vírgenes hebreas.
Allí va la Virgen Madre
De dolor intenso presa,
Y Jesús, el Hijo amado,
Con angustia la contempla.

**

¡Cuàl cubierto està de polvo
El Divino Nazareno!
Oculto está su semblante
Unido está su cabello,
Por la sangre y los esputos
Que lanzó al Rostro el protervo.
Aquel Rostro, la delicia,
Y el encanto de los cielos;
Aquel Rostro que la Virgen
Cubrió, en la infancia, de besos;
Nadie lo limpia amoroso
Del cruel el odio temiendo.
La Madre pura y bendita
Va sollozando en silencio,
Contemplando aquel semblante
La delicia de los cielos,
Afeado por las salivas.
Por los golpes descompuesto;
Que aquellos tigres feroces,
Los abortos del imperio

Cual ministros de Satán
No respetaron del Verbo
La humildad y mansedumbre
De la santidad venero.
  Parece que sus pasiones
Se enconan con tal ejemplo,
Y dentro el pecho las iras
Frenéticas van rugiendo.
  ¡Cuál será tu pena, oh Madre,
Y cuál tu dolor inmenso,
Mirando á tantas crueldades
A tu Hijo Santo sujeto!

* * *

  Al oir la grita, el tumulto,
De aquella canalla impía,
Viendo al Hijo del Eterno
Que la compasiòn inspira,
Una piadosa mujer
Que Berenice apellidan;
Deja su modesto hogar
Y un lienzo toma solícita
En sus manos, limpio y nuevo,
Y hácia Jesús se encamina.
  Parece el ángel del duelo,
Y sus facciones publican
De oculto dolor las huellas
Que su alma martiriza.
  Pasa con valor las turbas,
Y doblando las rodillas

Delante del Hombre Dios,
Su divino Rostro limpia.
Mas ¡oh prodigio! aquel Rostro
De los ángeles delicia,
Queda grabado en el lienzo
Con sus facciones divinas.
Guardan silencio las turbas
Y en torno se arremolinan
De la Efigie venerada
Que aquel prodigio publica.
La Verònica contempla
Tan portentosa reliquia,
Y en su corazón la estrecha
De gratitud conmovida.
De grande amor la mirada
Jesús piadoso le envía,
Y la Madre virginal
A mujer tan compasiva
Con sus castísimos ojos
La gratitud significa

. . . .

. . . .

Tras aquella escena muda
Sigue la canalla impía
Atropellando al Cordero
Con golpes y con salivas.



XXIV.

EL CALVARIO.

(ANTE UN CUADRO)

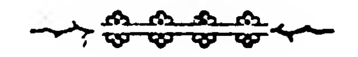
El Gólgota. Una Cruz donde pendiente
Muriendo está el Autor de la natura;
La Virgen Madre presa de amargura,
Que gime cual la tórtola inocente.
Ya se desquicia el mundo delincuente;
Todo es dolor, desolación, pavura,
Y Magdalena arrepentida y pura
Los piés abraza de Jesús clemente.
El discípulo virgen sollozando
Mira el Sagrado Corazón abierto
Que la divina sangre está manando.
¡Oh pecador! Acude suspirando
Al buen Jesús por tus delitos muerto;
Perdón, contrito, sin cesar clamando.

XXV.

A JESUS CRUCIFICADO.

"Antes dieras mil vidas que ofenderle,"
Me decía mi madre bondadosa,

En tanto que una lágrima ardorosa
Iba por sus mejillas á rodar.
Y hoy que te contemplo ensangrentado,
Pendiente de una Cruz y escarnecido,
Aquel recuerdo de otros días me ha herido
Cual dardo de cruelísimo punzar.
Yo te he crucificado, las espinas
Clavé en tu sien sagrada, una por una;
No hay llaga cruel, herida no hay ninguna
Que Tú no tengas, Cristo, por mi amor.
¡Y de tanto vivir de Tí olvidado,
Tanto que te he ofendido sin amarte!
¿Cómo pude, mi Dios, crucificarte
Y ofrecerte el cáliz de dolor?
Mas hoy me postro ante tu altar de hinojos
Y vengo á consolarte en tu agonía;
Llanto de redención vierto este día
En esa fuente apagaré mi sed.
Aun arde virgen en mi mente inquieta
La llama pura de la fé sagrada,
Aun vive la esperanza inmaculada
En esa Cruz, origen del placer,
Cíñeme el corazòn con la corona
De espinas, cuando el tuyo coronaron,
Si mis delitos ¡ay! lo traspasaron
En él, arrepentido, moriré.



XXVI.

MATER DOLOROSA.

*

¡Con qué expresiòn de tristeza
La vista elevas al cielo
Como buscando consuelo
A tu terrible dolor.
Dí, Señora, ¿por qué gimes
En un tan acerbo llanto,
Quién sumergiò en el quebranto
Tu inocente corazón?

* *

Ah! Vuelva mi pensamiento
Allá...... hasta el Gólgota umbrío
Y allí estás, dulce bien mío,
Llorando al pié de la Cruz.
Cubre el mundo denso velo
De luto, el sol se oscurece,
Y la luna palidece,
Están los astros sin luz
Un horrendo terremoto
Esparce el terror, los muertos
De sus mortajas cubiertos
Van por la fúnebre Sión.

Porque el Universo todo
Bambolea y se desquicia,
Ante la horrible malicia
Que da muerte á su Creador.

*
* *

En tanto, Madre y Señora,
Si está el Dios Hombre muriendo,
Terriblemente sufriendo
Tu alma purísima está.
Mortales, en la existencia,
Ved si hay otra alma herida
Como la Madre querida
Del Dios de clemencia y paz.

* *
* *

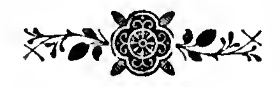
Dolorosísima Virgen:
¿Quién comprenderá tu pena?
El alma, de angustia llena
Contigo anhela sufrir.
Quiero amarte mucho, mucho,
Yo, causa de tus dolores,
¡Yo, que con otros amores
Pude tranquilo vivir!
Concédemelo piadosa
Virgen y Madre clemente;

Pueda, por mi bien, doliente
Estar al pié dela Cruz.
Hasta que llegue aquel día,
La hora de morir, incierta,
En que del cielo la puerta
Me abra el redentor Jesús.

XXVII.

VIERNES SANTO.

Llanto, desolaciòn, luto y tristeza,
Duelo doquier en este día se advierte;
Cubre el inmenso azul crespón de muerte
Y parece llorar naturaleza.
La Iglesia gime en sin igual terneza
La Víctima sin mancha que convierte
Al hombre, por quien hoy su sangre vierte
De esclavitud á divinal grandeza.
Y allí, el Inocente en cruel madero
En las áridas crestas del Calvario
Muere humilde, mansísimo Cordero.
Y así de luto vístese el Santuario
Y del levita el canto plañidero
El sollozar semeja funerario.



XXVIII.

RESURRECCION.

¡Resucitó! Triunfante de la muerte
A la gloria del Padre se levanta;
Himnos de gozo redimida canta
La humanidad en venturosa suerte.
No le busqueis en el sepulcro inerte;
Por su propia virtud que al orbe encanta
Venció la tumba su divina planta
Y en pedestal de dicha la convierte.
¡Glorioso Triunfador! El alma mía
Muerta un tiempo en las sombras del pecado
En el sepulcro de maldad impía:
Contigo, por mi bien, crucificado
Resucité á la paz, á la alegría,
En tu divino amor transfigurado.

XXIX.

EL MES DE MARIA.

Su cáliz abren perfumadas flores
Las azucenas, lirio y azahares

Y en ramilletes ornan tus altares
En tus templos, amor de los amores.
Las aves de vivísimos colores
Exhalan sus dulcísimos cantares,
Y entre bosques de verdes platanares
Se escuchan del torrente los rumores.
El viento vuela en la floresta umbría
Y pasando repite en suave acento,
El nombre inmaculado de María.
De la natura al ritmico concento
Elevo mis cantares, Madre mía,
En tu loor y así feliz me siento.

Aquí estoy á tus piés, Virgen de amores,
Temblando de emoción en tus altares.
Vengo á entonar de nuevo mis cantares
Y á contarte, cantando, mis dolores.
¡Quién te ofreciera de virtud las flores
Cual esas niñas libres de pesares,
Que no han cruzado proscelosos mares
Y ni abrojos, pisado, punzadores.
Concédeme tu amor, Madre querida;
Bajo tu amparo maternal viviendo
Encontraré la dulce paz perdida.
Lejos de tí sólo es morir viviendo,
Morir al mundo es encontrar la vida
El calor santo de tu amor sintiendo.

HIMNO.

CORO.

Bellas niñas, corred jubilosas
De la Madre de Dios al altar;
Esparcid en sus gradas las rosas
Entonando melìfluo cantar.

Estrofa primera.

Llegó el mes de las flores hermoso
De las aves el mes ya llegò,
Y entonan concierto armonioso,
Como artista ninguno aprendió.
Y as flores esparcen su aroma
De la brisa apacible al rumor,
Y las aves modulan sus trinos
De la Virgen sagrada en honor.

Estrofa segunda.

Como blancas palomas del bosque
A la Madre de Dios acudid,
Y de hinojos caed á sus plantas,
"¡Madre nuestra!" con gozo decid.
Blancos lirios, azahares, jazmines,
Con candor virginal ofreced;

Son las rosas que dan los jardines
De inocencia feliz del Edén.

Estrofa tercera.

¿No sentís la ventura del cielo?
¿En la tierra habitar no sentís,
Por mirar á la Madre de amores
En su gloria divina y feliz?
¡Quién pudiera volver á la infancia!
¡Quién pudiera tener vuestra edad,
Aspirando la suave fragancia
Del amor de María celestial!

Estrofa cuarta.

Pedid, niñas, con ruego ferviente
A la Virgen de gracias pedid:
Vuestro pecho conserve inocente
Cual la cándida flor del pensil.
Imitad sus virtudes divinas
Y el encanto sereis del hogar
Y jamás las agudas espinas
Sentireis del terrible pesar.

Estrofa quinta.

Suplicad á la Viagen nos libre
Del inicuo y avaro invasor,

Que doquier la Bandera de Iguala
Se la vea tremolar con honor.
  Suplicadle de Dios nos alcance
Un risueño, feliz porvenir
Y que próspera México avance
Por la vía de un progreso feliz.

Estrofa sexta.

  Escuchad las plegarias, ¡oh Virgen!
Que hasta el cielo os envía la virtud;
¿No eres tú nuestra Madre benigna,
Nuestra Reina inmortal no eres tú?
  No olvidemos jamás los favores
Que piadoso nos diera tu amor:
¡Ay! El día que la Patria te olvide
Gemirá bajo el yugo invasor.

CORO.

  Bellas niñas, corred jubilosas
De la Madre de Dios al altar;
Esparcid en sus gradas las rosas
Entonando melífluo cantar.



XXX.

EL CONVITE SAGRADO.

A UNA NIÑA EN SU PRIMERA COMUNION.

¡Niña feliz, con qué divino gozo
Te acercas hoy, á la Sagrada Mesa,
A gustar las delicias del Esposo!
Hoy que me deja libre la tristeza
Permite que acompañe con mi lira
Cántiga de cariño y de terneza.
Tu inoce te piedad ¡cuánto me admira!
Tu virtud y tu cándida belleza
Al pobre númen mi cantar inspira;
Pues te adornan, del ángel la pureza
Y del querub el abrasado fuego
Y de virgen la nob'e gentileza:
"Hoy á mi esposa el Corazòn entrego"
Dijo el Señor en su bondad inmensa,
Y á morar en tu pecho bajó luego.
Toda tu dicha con afán condensa
En este solo instante de ventura,
De la fidelidad la recompensa.
Ya Dios en tí reside y tu alma pura
Muy más allà se eleva de las nubes
Y en tu semblante muestra su hermosura.

Cítaras de oro pulsan los querubes
Cuando al Convite virginal y riente
Llena de gozo presurosa subes.
Allá en el cielo, virgen inocente,
Se oyen cantos de santa melodía
Que tu alma absorta en misticismo siente.
¿Dime, niña, si encuentras otro día,
Cual éste igual, en que tu madre llora
De santa paz y plácida alegría?
¿Dime?...¿Mas qué?...¡si el corazón ingora,
Lo que es llanto, en los felices años
De la niñez bendita, encantadora!
Nunca, niña, los orueles desengaños
Borren de tu memoria agradecida
A los dones de Dios, otros extraños
Siempre sea pura tu cristiena vida
Y como hoy, con júbilo y encanto,
Transcurra tu existencia bendecida.
No en tus mejillas ardoroso llanto,
Venga à imprimir su destructora huella
De dolor delatora y de quebranto.
Que seas como hoy, tan inocente y bella,
Sin conocer del mundo la falacia
Ni el falso brillo que su luz destella.
El pudor, la virtud, la santa gracia
Joyas sean de tu veste enaltecida,
Seguro talismán en la desgracia.
La mujer sin virtud, niña querida,
Es como estátua hermosa á la mirada,
Pero sin sentimiento, gracia y vida.

Al lado de tu madre idolatrada,
De tus hermanas y tu padre al lado
Correrá tu existencia afortunada.
Tu hogar será el retrete perfumado
Por las virtudes de sin par valía
Y el joyel de todos apreciado.
De tus padres serás la idolatría,
De tus hermanas eficaz ejemplo,
La noble emulación de cada día.
¡Oh! cuán hermosa, niña, te contemplo,
Yendo, cual hoy, feliz, santificada,
A comulgar, en el sagrado templo.
Sólo así guardarás inmaculada
Esa casta piedad, esa pureza,
Perfume de tu vida retirada.
Y sólo así conservarás ilesa
La paz del alma, la quietud de niña,
Sin ódios, ni rencores, ni tristeza.
Y esa tu frente, pudorosa ciña
De santidad la hermosa refulgencia
Que te da el néctar de Sagrada Viña;
Pues conserva bendita la inocencia
La Eucaristía de los primeros años
Como su rica, perennal esencia.
Vive, niña, feliz; los desengaños
No anublen de tu rostro la belleza,
Ni conozcas del mundo los amaños
Ni su amarga, cruelísima tristeza.



XXXI.

AL CONCLUIR EL AÑO.

Rodando van los años
en su veloz carrera,
a abismo insondable
de inmensa eternidad.
Y así nos aleccionan,
con voz muda y severa,
lo fugaz de la vida,
su triste realidad.
¡La vida!...... ¿Qué es la vida?
Cadena de ilusiones,
que unas tras otras vemos
efímeras pasar.
Del árbol rico en frutos
sus celestiales dones
no recogemos nunca
en loco delirar.
En el pesar la herencia
del triste desterrado,
su pan son los dolores
contínuo es su gemir.
Por un día de ventura
del año que ha pasado,
las mil horas encuentra
de horrísono sufrir.

. . . .
. . . .

Del alto campanario
de dar acaba la hora.
que anuncia de dos años
el límite fatal.
¡Y su na la campana
lúgubre, aterradora!
¡Un año más, un año,
nos viene á señalar!
Tan sólo los recuerdos
nos quedan de los días,
que fueron la esperanza
del pobre corazòn.
Y á sus tristezas hondas
y raras alegrías,
sarcástica responde
la voz de la ilusión.
Mas ¡ay! transcurre el tiempo;
lo vemos deslizarse
con loca indiferencia,
glacial estupidez,
Y el ìdolo de amores
en un altar alzarse
en medio à las pasiones
lo vemos de embriaguez.
¿Señor, si eres tan bueno,
y nos esperas tanto
y del mortal prolongas
piadoso, su existir;
¿Por qué al concluir el año
con un afecto santo

no volvemos los ojos
contritos hácia Tí?
¿Por qué á tu Cruz sagrada
asidos con firmeza,
no pedimos gimiendo,
tu paz y tu perdón?
¡Piedad, Jesús, del hombre,
que es grande su vileza;
y es de amor infinito
tu dulce Corazón!
Fuente de venturanza,
Raudal de aguas serenas,
do van las almas puras
tranquilas á beber.
Disipa del que te ama
sus incesantes penas;
inúndalo de gozo
en medio al padecer.
Venid los que llevais
el peso de amargura
que os dió falaz el mundo
robándoos la quietud.
Venid, arrepentidos,
que es fuente de dulzura
el Salvador amante
origen de virtud.
Humanidad estólida
que acudes presurosa
al terminar el año
á impúdico festín.

Detente; sonó la hora
para tantos luctuosa,
la hora de la muerte,
de temeroso fin.
Y aún se te conceden
otro año y otros días,
porque vuelvas al seno
del amoroso Dios.
Deja tus bacanales
y locas alegrías,
y escucha recogida
de eternidad la voz.

. . . .

. . . .

Señor, mucho he pecado,
piedad el alma clama;
piedad, por tu infinita,
tu paternal piedad.
¡Ah! ¡cuànto me esperaste!
y hoy que tu voz me llama,
Señor, aquí me tienes:
espero en tu bondad.
¡Padre, Padre querido,
me estrecho en tus brazos!
á ofenderte nunca
jamás yo volveré.
De tu divina gracia
los amorosos lazos,
reténganme cautivo
y así yo moriré.

FIN DEL LIBRO PRIMERO.